FL 33 259

Aula de Filología es un espacio de unos 30 minutos de duración aproximadamente, que cada lunes dedicamos a tratar en profundidad un tema relacionado con alguna de las materias que forman parte del plan de estudios de Filología Española en la UNED. El espacio de Filología está dedicado hoy a lengua española. José Manuel Fradejas Rueda, profesor titular de Historia de la Lengua I en la UNED, trae como invitado al profesor Víctor Infantes de la Universidad Complutense para tratar sobre el libro antiguo.

Damos paso ya al profesor Fradejas. Buenas tardes. Este es el último programa de Historia de la Lengua que haremos este año, pero no vamos a hablar precisamente de Historia de la Lengua.

Hoy vamos a contar con la presencia del profesor Víctor Infantes de la Universidad Complutense de Madrid, que nos va a hablar sobre uno de los testigos que utilizamos en Historia de la Lengua, el libro. Pero el libro antiguo, el libro a partir de Gutenberg, no del libro más antiguo que es el manuscrito, y será él el que nos cuente una serie de cosas que pueden serles a todos de utilidad y curiosidad. Le damos la bienvenida esta tarde a don Víctor Infantes de la Universidad Complutense de Madrid.

Víctor, cuando quieras. Gracias. Bien, para mí es un pequeño honor hablar de la historia del libro, sobre todo el libro antiguo, como se ha especificado a partir de Gutenberg, aclarando que evidentemente hay dos etapas muy diferenciadas, la que llega al periodo incunable, que es desde el origen de las primeras impresiones en los sitios correspondientes, siempre hablando de países europeos, hasta 1500, y a partir de 1500 entra en lo que ya se considera el periodo histórico en relación con la historia de la literatura, las artes, etc.

Por tanto, este periodo incunable, que en Europa llega hasta 1500, que en el caso de América Latina y de Hispanoamérica empieza generalmente a partir de mediados del XVI y que continúa posteriormente, es el periodo en el que se gesta esta difusión y esta gestación de lo que se domina el invento de Gutenberg, el libro impreso. A mí sí me gustaría hacer una reflexión en torno a este periodo, que va aproximadamente de la mitad del siglo XV hasta finales del siglo XVI, aproximadamente, incluso comienzos del XVII, el periodo verdaderamente del libro antiguo, sobre cuatro aspectos importantes, coincidentes, consecutivos, que configuran la historia que nos interesa destacar del libro. En primer lugar, hay que tener en cuenta los materiales sobre los que está construido este nuevo invento que aparece a mediados del XV, la difusión por medio de los caracteres móviles de la imprenta, las prensas, en donde estos caracteres móviles fijan la impresión de los textos, el papel, las tintas, posteriormente la encuadernación, etc., etc.

Es decir, todo el proceso material que conlleva la producción del objeto libro, que evoluciona muy poco a lo largo del siglo XV en este periodo incunable, menos todavía en el siglo XVI, y que se mantiene prácticamente desde sus orígenes hasta comienzos del siglo XIX con la aparición

de las prensas móviles, las composiciones con linotipia, intertipia, etc., etc. Y que en algunos casos esta composición manual, todavía con la prensa, etc., llega en algunos casos y en algunos tipos de libros hasta nuestros días. Por tanto, hay toda una faceta que hace referencia al problema de los materiales y de la constitución del libro como objeto material.

Una parte de los estudios en torno a la producción del libro antiguo impreso se ha centrado en el análisis de las composiciones de las obras, en la medida en que afecta o afectará luego al contenido que van a tener estos libros. Se ha centrado en el proceso de la producción mecánica del libro, interpretando cómo se hacían las correcciones de imprenta por parte de los correctores, de los autores, de los editores, incluso en el proceso posterior de la encuadernación y la distribución de las obras. Un segundo aspecto que es importante dentro del estudio general del libro antiguo, al fin y al cabo relacionado con el anterior pero distinto, en el sentido que representa una diferente manera de acercarse al libro, es el estudio estricto del contenido del libro.

Es decir, el tema, los temas, las obras, la obra, etc., que este libro contiene ya independiente de su constitución material. Estos contenidos generalmente se han estudiado siempre y se estudian en función de lo que representan y son, y muy ocasionalmente en relación con la propia producción del libro y con las propias características que el libro aporta. Me explico.

Nos interesa que el texto literario, el texto jurídico, el texto religioso, el texto administrativo, la cantidad de impresos relacionados con la burocracia española de finales del XV y comienzos del XVI, las leyes, las ordenanzas, las relaciones, las cartas, etc. importan en la medida de lo que contienen y se ha tenido en cuenta menos el hecho de estar precisamente impresas. Quiero decir con ello que hay toda una serie de obras que por su contenido no alcanzaron a la imprenta, en cambio otras obras, precisamente por esos contenidos o por los contrarios, sí han alcanzado el honor de ver la impresión.

Es curioso observar como casi se puede establecer, sobre todo en los aspectos culturales, la literatura, etc., una especie de historia de la cultura española impresa, en la época por supuesto en la que me estoy refiriendo, desde mediados del XV hasta finales del XVI o comienzos del XVII, frente a una historia de la literatura, de la cultura española que no ha aparecido impresa y que se ha mantenido en los cauces manuscritos o que simplemente no ha traspasado el conocimiento en la difusión impresa del libro. Aquí hay que hacer una especial consideración para todo este periodo a la labor que tienen los impresores, los editores, en el sentido técnico del término, los componedores de los textos, los correctores que había en las imprentas importantes, es decir, el mundo que sería del operario del libro en los talleres tipográficos de la época, porque tenemos que tener en cuenta que son precisamente estas personas, no por un orden estricto de importancia, pero sí con la función que cada uno cumplía en ellos. Hay que destacar o diferenciar, por ejemplo, los primeros impresores son impresores, editores, componedores, correctores, posteriormente en los talleres tipográficos aparece el corrector aparte, aparece el componedor, el tirador, etc., es decir, a medida que crece el comercio del libro, del que luego hablaremos, y crece la importancia de los talleres, hay más personas

dedicadas a la producción material del libro, pero independiente de este número que aumenta con el tiempo y que es distinto en determinadas imprentas europeas o españolas, se importa que estas personas, fundamentalmente la figura del impresor y la figura del editor, que posteriormente puede ser a su vez la misma, puede ser impresor-editor o pueden estar diferenciados, son los que verdaderamente deciden o gobiernan aquellos textos que van a pasar al contenido impreso.

Evidentemente en los primeros momentos de la imprenta, y luego comentaremos algo a este propósito, existe la función del mecenado y lógicamente los mecenas son los que imponen lo que se va a editar, pero independiente de esta función del mecenado son estas personas las que deciden los textos que en función de su punto de vista, y no debemos pensar que todos tienen una formación cultural igual, las que deciden lo que se va a imprimir. Por tanto esta labor es fundamental a la hora de constituir lo que luego va a ser ese fondo impreso que va a salir de las imprentas en busca de los lectores. Quiero decir con ello también que no solo es la elección de los textos, aquí se plantea un problema que está en relación con el panorama general de estas charlas, que son sobre todo de lengua española.

Se plantea muchas veces, o se puede plantear en muchas ocasiones, si la lengua de esos libros impresos del periodo que indico, a finales del XV y todo el siglo XVI, es verdaderamente la lengua de los autores que han escrito esos textos, o es la lengua, o las nociones de lengua que han tenido los componedores, los impresores y los editores que han compuesto esos textos, que lo han pasado de ese proceso que hay desde la escritura manual manuscrita al proceso del libro impreso. Es curioso observar, por ejemplo, como en el Quijote, en Cervantes, por citar a un abramán de la literatura española, un análisis detenido de la composición de la primera parte del Quijote, por un crítico inglés, ha demostrado que hubo hasta cinco componedores distintos de la primera parte del Quijote que se han detectado precisamente por las marcas lingüísticas que cada uno de ellos dejaron en la composición del texto. Claro que no se me ocurre pensar que la lengua del Quijote no es la lengua de Cervantes, que por supuesto sí lo es, pero sí la interferencia y los problemas que plantean, en muchos casos en obras quizá no tan conocidas, pienso en obras de literatura popular, etc., la intromisión de estos componedores, impresores y editores que son los responsables de que este libro salga impreso.

En tercer lugar, después de los materiales y los contenidos, hay que prestar una especial atención al problema que conlleva el comercio de la obra. Si se ha impreso ya, el libro ha tenido un tema elegido, una serie de temas elegidos, pero viene el proceso por el cual ese libro tiene que llegar a su público y a sus compradores. Todo el problema de los asentamientos en determinadas ciudades al auge del momento económico-social del mismo, pensemos en España lógicamente en finales del XV y en el XVI Sevilla, o Medina del Campo por las ferias tan importantes que había en ella, Barcelona por el mundo catalano-aragonés, o Zaragoza en su relación cercana con Francia, etc., que conllevan el asentamiento paulatino y definitivo de ese producto que llega por fin a su público.

Toda esta relación del comercio del libro, de la distribución de las obras, de la venta de las

obras, de la preparación de los envíos, aquí es importante destacar, por ejemplo, el análisis y el estudio que se ha hecho de los libros enviados a Indias a finales, desde mediados del siglo XVI en adelante, qué libros, qué textos, qué obras, qué impresores, qué autores son los que marcaban los barcos que iban a Indias pacientemente entresacados de los inventarios de las naves. Y en cuarto lugar, que son los cuatro aspectos que a mí más me interesa destacar, aparte de la producción material o de los contenidos del libro antiguo o de su comercio, y cada uno de estos aspectos se podría hablar más detenidamente, últimamente hay que fijarse en el último elemento que cierra el circuito de la importancia del libro, que es el lector. El libro tiene una razón de ser, no sólo por su constitución material, por lo que contiene, por su forma de distribuirse y llegar al público, sino por el lector, que al fin y al cabo es al que va destinado todo este proceso.

La teoría del lector y las teorías del lector, quién es el lector, qué es un lector, lector de qué tipo de obras, de qué tipo de libros, de qué condición social, el problema del analfabetismo o la falta de analfabetismo en la sociedad española del siglo XVI, porque hay un fenómeno que, aun dicho con cifras muy elementales, es obvio, la cantidad de libros que se imprimieron a lo largo de esta segunda mitad del siglo XV y el siglo XVI, exigía un número de lectores que, a la fuerza, tenía que existir en la sociedad española del momento, que parece estar en competencia con el presunto analfabetismo español de la época. Efectivamente, quizá no todos los libros se leían de las mismas formas, y entonces existen toda una serie de teorías acerca de las diferentes maneras de leer los textos, sobre todo los textos literarios en el siglo XV y XVI, lectura en público, lectura privada, lectura privada en voz alta, etc., y todo el circuito que conlleva y que cierra la producción del libro, tal como habíamos enfocado desde el punto de vista material. Esta introducción me lleva a preguntarte una cosa, Víctor.

Hay una gran diferencia entre la morfología, los materiales de los manuscritos, o sea, del libro manuscrito y el libro impreso. Sabemos que los manuscritos, durante mucho tiempo, se hicieron sobre las pieles de pobres ovejas, a veces incluso de terneros no nacidos. La mejor bitela decían que era de ternera no nacida.

¿Hay alguna diferencia? ¿En el libro impreso se abandonó el pergamino o se siguió con el pergamino y fue el papel más tarde? ¿Qué nos puedes decir sobre esta morfología del libro, estas diferencias entre el manuscrito y el impreso? Bien, en principio, y se ha insistido a veces mucho en ello, el descubrimiento de la imprenta, que se basa fundamentalmente en la utilización de los tipos móviles que pueden imprimir consecutivamente una serie de ejemplares iguales de una misma obra, esa quizás habría que haber partido de la definición de lo que es un libro impreso y lo que es el concepto de edición. Independientemente de esta cuestión, al principio durante un cierto tiempo se ha hablado de la competencia y la igualdad con el manuscrito, con la producción manuscrita, que tendía a organizar la página de una forma formalmente, estéticamente determinada, con los huecos de las capitulares, las llamadas laterales de las aclaraciones que hacían necesarias de un texto, incluso las pequeñas asignaturas que se colocaban al pie de la página para la encuadernación, o los reclamos para continuar el orden adecuado de la lectura, etcétera, etcétera. Esta producción del libro

manuscrito, basada fundamentalmente en la utilización del pergamino y de su carestía y de su rareza, deriva que no todos los textos ni todas las obras podían pasar al proceso manuscrito.

El descubrimiento del papel, o más que el descubrimiento del papel, la distribución sistemática del papel por los árabes en España, y sobre todo en la zona de Andalucía y de Alicante, produjo el abaratamiento de los costes de la producción del libro manuscrito, reservados fundamentalmente en el elemento eclesiástico, en los conventos, en las iglesias, etcétera, o reservados para los aspectos puramente burocráticos del gobierno, las leyes, las ordenanzas, etcétera. Los llamados libros de cerro hacen que, paulatinamente, el uso del papel esté más extendido y que, por tanto, en un momento dado, confluya la utilización de un material barato, como era el papel, con la posibilidad de producirlo a partir del trapo y de la tela, sin los mismos problemas que tenía el libro manuscrito con el pergamino, la utilización de estos tipos móviles que permitían la multiplicación de los impresos de una forma más o menos extensa, Esta coincidencia hace que, paulatinamente, la similitud que se observa, y que se ha indicado repetidamente entre los primeros incunables, el periodo que han llamado algunos críticos los protoincunables, aproximadamente desde 1455-1475, su semejanza y su igualdad con el libro manuscrito, el no imprimir las capitulares y dejarlas reservadas precisamente para iluminaciones posteriores a mano, incluso la impresión de algunos ejemplares, 5, 10, no solían ser más, destinados a altas autoridades que se imprimían precisamente sobre pergamino, etc., hace que esa disimilitud prácticamente vaya desapareciendo con el tiempo, y se puede hablar que hace 1475-1480, sobre todo en el ámbito alemán e italiano, España llega mucho más tarde, la forma material del libro impreso y la producción material del libro impreso se signifique y se diferencia radicalmente de la producción del pergamino. Hay que hacer insistencia en que en esta producción material del libro impreso hay dos factores que suelen ser muy importantes en relación con lo que comentábamos antes del contenido, el comercio posterior y ese lector que en última instancia, o lectores que tiene el libro impreso.

Hay que hacer hincapié en la forma de composición del texto, el texto se compone, no se puede olvidar nunca, tipo a tipo, es decir, letra a letra, esto implica que las correcciones tienen que efectuarse siempre en una sola letra, en un solo tipo e intercambiándolos y que afecta siempre a una sola unidad material. Este tipo a tipo iba componiendo la línea, los tipos se fundían, en plomo de ahí que las características estéticas de las letras de imprenta, los llamados caracteres góticos, caracteres romanos, en general, salvo pequeñas diferencias, sean de una similitud bastante grande, se ha creado una nueva forma visual de leer el texto que allí se imprime, hay que recordar que los manuscritos tienen una circulación muy restringida, los lectores son minoritarios, a veces únicos o exclusivos, hay manuscritos que hay constancia en los colofones y en las incipits de estar destinados exclusivamente a una persona, sea el rey, un noble, un eclesiástico, un capitán, etc., mientras que el libro impreso va dirigido a un número de lectores de los cuales ahora hablaremos. Esta composición manual, tipo a tipo, hace que se conforme la página, esta página normalmente, la imprenta de la época que hablamos, suele estar basada en el pliego natural de imprenta, el pliego natural de imprenta viene a tener aproximadamente unos 70 por 50 centímetros, más o menos se conserva hasta hoy, la medida estándar del papel

hoy es 70-50 o 70-100 centímetros, en estos 70 por 50, doblados dos veces, da el tamaño cuarto, este tamaño cuarto conlleva por tanto que haya cuatro páginas en cada una de las caras del papel, cuatro hojas, ocho páginas, que es la base en general de la constitución de los impresos en esta época.

Estas ocho páginas, cuatro por cada lado, cuatro hojas, son las que se imprimían de un solo golpe de la prensa, primero por un lado y después en lo que se llama imprenta en la retiración, por el otro, y se imprimían de una sola vez toda la tirada. Una pregunta, has dicho que se hacía toda una tirada a la vez, y que los ejemplares eran iguales, ¿cómo se explica que haya ejemplares de la misma obra impresos por el mismo impresor, que tengan errores en unos ejemplares y otros no, en la misma página, en la misma línea? Bien, ahora mismo hablamos de esto, porque está en relación con lo que estaba comentando, decía que esta impresión se realiza de una sola vez, primero en una de las caras y después en lo que se llama la retiración, en la vuelta, en la tirada que solía ser habitualmente de entre mil y mil quinientos ejemplares, porque parece que está demostrado que el jornal normal de imprenta, el trabajo normal del jornal de imprenta, daba en un día exacto para componer esas ocho páginas, esas cuatro hojas, corregirlas, batir la tinta, preparar la tirada, imprimir la primera forma, imprimir la retiración y apilar todos los pliegos. Parece que este proceso duraba el horario normal, el jornal normal de imprenta de un día, y por tanto la tirada de los libros se establecía entre mil y mil quinientos ejemplares, con las excepciones por arriba y por abajo que son de rigor, pero que son muy escasas.

El problema precisamente que preguntas plantea una cuestión muy debatida a partir de comienzos de este siglo de lo que se ha llamado la disciplina de la bibliografía material, encabezada sobre todo por el mundo sajón. ¿Qué sucede si cuando se están imprimiendo una de las caras se detecta algún problema, falta de tinta, falla la prensa, de pronto se observa que hay una serie de ratas, se ha olvidado de incluir algo o algo que sobra en el texto? En ese momento se interrumpe la tirada y se procede al arreglo de ese problema, pero claro ocurre que todos los pliegos ya impresos o se destruyen y entonces hay que volver a empezar de nuevo y quizá no de tiempo hacerlo en ese jornal del que hablábamos, o se mantienen con esas diferencias que van a tener los pliegos posteriores de la tirada. Esto ha creado la consideración de tres conceptos especiales a la hora de estudiar desde este tipo de vista material el libro antiguo, que son el concepto de edición, el concepto de emisión y el concepto de estado.

Por edición tenemos que entender todos aquellos ejemplares exactamente iguales impresos de una sola vez, es decir, que lo que hoy para nosotros es absolutamente impensable que en una tirada de una novela de actualidad, el último premio literario en concreto que sea, todos los ejemplares pensamos que evidentemente sean los que sean tienen que ser iguales. En el periodo en el que estamos hablando lo lógico es pensar que casi todos los ejemplares no sean iguales, porque alguno de estos fenómenos ha afectado en alguno de los procesos de la impresión del libro. Entonces, ante esta imposibilidad de considerar que todos los ejemplares son exactamente iguales de una sola edición en una sola tirada, y por ejemplo el caso del Quijote puede servir de ejemplo, el Quijote en la primera parte de 1605, las sucesivas ediciones

del Quijote plantean una serie de problemas muy relacionados con lo que estamos tratando aquí.

Se utiliza el concepto de misión, el concepto de estado. Estos dos conceptos se diferencian fundamentalmente en lo siguiente. El concepto de misión se refiere a una intencionalidad por parte del editor o del impresor de la obra en diferenciar de alguna manera partes de esa edición.

Por ejemplo, la impresión es exactamente la misma, pero se acude a poner dos portadas diferentes, puesto que la edición la han pagado dos personas distintas, dos libros distintos y cada uno quiere que aparezca su emblema en la portada. Este es un caso absolutamente típico que se da hoy en día, una parte de la edición está destinada a una institución, otra parte de la edición está destinada a una editorial comercial. A veces aparecen los emblemas o los datos de ambos en la portada, a veces no.

En el caso de la época en la que estamos tratando, esto es muy normal, la mitad de la edición la quiere un librero de Sevilla y la paga un libro de Sevilla, la otra mitad la quiere un libro de Zaragoza y la paga un libro de Zaragoza. El libro es exactamente igual, excepto en lo que afecta a la portada. No se debe hablar de dos ediciones, sino de dos emisiones de la misma edición.

Igual sucede cuando el libro se empieza a imprimir en noviembre y se acaba de imprimir en marzo y resulta que en la portada pone 1547 y en el colofón pone 1548. Son dos ediciones distintas. No, son dos emisiones de la misma edición que en el proceso del tiempo han concurrido en que unos ejemplares tengan unas características y otros ejemplares otras.

Mientras que el concepto de Estado se queda referido a la no intencionalidad de esta diferenciación. El caso más normal es que parte de una edición de pronto se destruye, se estropea, se moja, se degrada, se quema, etc., y sólo queda otra parte. Y entonces nos encontramos con el mismo caso anterior, pero no promovido desde una intencionalidad por parte del editor, el impresor o a veces el autor incluso, sino que ha sido un suceso en la imprenta que ha hecho que existan dos estados de la misma obra.

Hay muchos casos en los libros de los Siglos de Oro, único que es exactamente igual, excepto uno de los cuadernillos que está invertida la impresión. Bueno, ese cuadernillo que hoy día se retiraría y se tiraría, en ese momento no se tiró, no se retiró, se ha dejado ahí en el libro y tenemos dos estados de la edición completamente distintos. Por tanto, todo este proceso material, no sólo hay que pensar en él, respecto a todas las características que conlleva, sino la importancia que puede tener luego para la constitución de los textos, y sobre todo los textos literarios, incluso, como comentábamos antes, de esos problemas de lengua que tienen estos textos.

Una pregunta. Has dicho que las tiradas, las ediciones, eran de entre mil y mil quinientos ejemplares. Eso es la tirada normal en muchos libros hoy día, aunque quieren ponerle edición de bibliófilo tirada de mil quinientos ejemplares.

¿Cómo se han conservado tan pocos, a veces ningún ejemplar, de esas obras? De acuerdo que se han quemado muchos libros, está ese famoso fantasma de la Inquisición, que quizá haya influido mucho, la desidia proverbial sobre los españoles y la acultura de los españoles. ¿Por qué se han conservado tan pocos ejemplares? Por ejemplo, estoy pensando en el libro de Enrique Fidoliva, en el que yo he trabajado, y tú lo conoces tan bien como yo ese libro, han quedado, de diez ediciones, de diez tiradas, han quedado un ejemplar de cada uno, excepto el inculcable que queda ejemplar y cuarto. ¿A qué se debe esa parquedad de restos? Bueno, la pregunta es muy interesante.

Se puede contestar bajo tres aspectos. Uno de ellos, que es el más obvio, el material, y lo indicabas, es que estamos hablando del paso de cuatro siglos y, por tanto, las catástrofes naturales, guerras, incendios, batallas, etcétera, ha hecho que desaparezcan, lógicamente, con el paso del tiempo, muchísimos ejemplares. Haciendo la salvedad, antes de continuar en las otras dos características, haciendo la salvedad de que la tirada normal, estamos hablando entre mil, mil quinientos ejemplares, tampoco podemos asegurar que de todos los libros se tirara siempre mil o mil quinientos ejemplares.

Parece ser que lo normal era más bien hacia los mil ejemplares que hacia los mil quinientos, pero dependiendo del tipo de la obra o del contenido o de los lectores que se pensaba que tenían, o incluso del comercio concreto de esa obra, podían ser menos ejemplares. Pero aun suponiendo en torno a los mil, esta primera causa, las catástrofes naturales, con el paso del tiempo, han sido las normales. En segundo lugar, tema de la Inquisición.

La Inquisición, generalmente, hay que distinguir entre libro expurgado y libro censurado o prohibido. El libro expurgado es aquel que, quitando una parte que se expurga, se puede volver a editar sin problemas, mientras que el libro prohibido es el libro que no se puede editar en su totalidad. Parece ser, y se ha demostrado ya recientemente, que los índexes inquisitoriales de la prohibición de los libros se copian unos a otros a lo largo del tiempo.

Y hasta su derogación, en los años 20 del siglo XX, todavía se seguían prohibiendo libros que no se han editado ya jamás desde mediados del siglo XV hasta finales del siglo XV. Es decir, que se seguían prohibiendo sistemáticamente una lista burocrática que iba pasando de época en época, y de estamento en estamento, y se seguían prohibiendo determinadas cuestiones que ya no estaban. Pero hay una tercera cuestión que es importante.

Esta obra que citas, como otras son obras de lectura popular, de lectura generalizada, de un amplio número de público. Y hoy día, incluso uno se plantearía, ¿qué libros quedan de hace 40 años? Si es que de libros impresos hace 40 o 50 años, o a principios de este siglo, a lo mejor sería muy difícil reunir más de 50 o 60 ejemplares si la obra es medianamente rara, o es de una lectura general, grande. Es decir, hay una idea de no conservación del libro.

La mejor prueba de ello es que todos los libros que hemos conservado, o la mayoría de los libros que se han conservado, han venido siempre conservados a través de la iglesia, del estamento eclesiástico, a través de la nobleza, y en escasas ocasiones de las bibliotecas

privadas. Es decir, el lector de un libro, hasta bastante entrado el siglo XX, no tiene por qué ser el propietario de ese libro. Te voy a tener que cortar, Víctor.

Nos queda un minuto escaso, escaso, escaso. Estoy casi, casi por emplazarte para el curso que viene, y a lo mejor emplazarte para el año que viene nos sigas contando este apasionante mundo, porque nos has dejado con la mil en los labios, esperando saber más cosas. Muchas gracias, Víctor, por esta tan ilustrativa charla de esta tarde.

Y ahora, estimados alumnos, solamente desearles que tengan la mejor suerte posible en el examen. No es difícil. Ningún año lo es.

Ustedes los hacen difíciles. Solamente les pido, verán que hay una especie de encuesta incluida en el formulario, que lo rellenen y me lo envíen. Les prohíbo que lo hagan durante el examen.

Háganlo después, cuando vuelvan a casa, tranquilamente, y mándenmelo por correo. Es un cuestionario que servirá para que en cursos próximos podamos mejorar cada día más esta docencia a distancia. Muchas gracias y buenas tardes.

Con la despedida de José Manuel Fradejas Rueda, profesor titular de Historia de la Lengua en la Facultad de Filología de la UNED, ponemos punto final al espacio de hoy, que ha estado dedicado a tratar sobre el libro antiguo. Agradecemos desde aquí la participación del profesor Víctor Infantes, de la Universidad Complutense, que nos ayudó a conocer un poco más la historia y la evolución de los libros. Por nuestra parte, nada más.

Solo me queda agradecer la atención que nos han prestado y recordarles que el próximo lunes, día 22, Aula de Filología estará de nuevo con todos ustedes. Será el último espacio educativo de la Facultad de Filología del presente curso y estará dedicado a griego. La profesora Rosa Pedrero tratará de tragedia griega y teatro moderno.

En el tiempo de la UNED, les dejo ahora con Revista de Geografía e Historia.